

HA MERECIDO LA PENA

LORENZO SILVA

ESCRITOR Y GUARDIA CIVIL HONORARIO

La cita es en una cafetería de aire moderno, ligeramente impersonal, tranquila y acogedora, en un barrio periférico de Madrid. La sargento primero Virginia Chamorro, destinada en el grupo de delitos contra las personas de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, llega puntual. Para ser más exactos, cinco minutos antes de la hora. Si el entrevistador no hubiera tomado la precaución de acudir un cuarto de hora antes, no la habría visto venir. Es una mujer desenvuelta y a la vez contenida, con aire de estar siempre alerta. Viste con ropa discreta y cómoda, cazadora y vaqueros, y lleva en bandolera un pequeño bolso. A sus cuarenta y cuatro años se la ve ágil y enérgica. Su aspecto es el de alguien que lo cuida, sin llegar al acicalamiento. No usa maquillaje y gasta una media melena algo rebelde. En seguida advierte la presencia del entrevistador en el local y se acerca con paso decidido, quizá con una cierta prevención también. Los que hacemos preguntas y anotamos las respuestas nunca somos del todo de fiar, y seguramente es bien consciente de ello. Tras las presentaciones de rigor y pedir que le traigan un café con leche —«la leche muy caliente, por favor» le encarece a la camarera que le toma el pedido—, entramos directamente en harina.

¿Le importa que empiece con una pregunta a bocajarro?

Usted verá.

¿Treinta años después de la llegada de la mujer a la Guardia Civil, ¿diría usted que en el Cuerpo hay igualdad con el varón?

No más que en la sociedad española en general.

Buena respuesta. ¿Tampoco menos?

Buena pregunta. La respuesta a eso es un poco más larga.

Por favor. Tengo tiempo. Y curiosidad.

Hay aspectos en los que sin ninguna duda hemos llegado a un grado de igualdad menor que en otros ámbitos sociales. Por empezar por algún lado: somos pocas, en proporción, y menos que las policías respecto del total de miembros del cuerpo de la Policía Nacional, sin ir más lejos, haciendo el mismo trabajo. No estaría de más preguntarse por qué sucede esto. Tampoco hay aún una mujer coronel, por ejemplo, lo que quiere decir que los mandos reservados a ese empleo, o superiores, todavía no los ejerce ninguna mujer. Digamos que esta es una desigualdad coyuntural, por razones históricas, ya que no ha pasado aún el tiempo necesario para que una mujer llegue a ese nivel. Pero hay desigualdades más estructurales, que tienen que ver en parte con desigualdades también estructurales en la sociedad, aunque entre las guardias civiles tienen un perfil particular.

¿Puede ponerme algún ejemplo?

No encontrará a muchas como yo.

Como usted, ¿en qué sentido?

De mi edad, y destinada en una unidad central, en labores de policía judicial e investigación. O lo que es lo mismo, y por decirlo de manera coloquial: en la calle y la carretera.

¿Y por qué no las hay?

Le diré mejor por qué estoy yo aquí: no he tenido hijos, ni a estas alturas forma ya parte de mi horizonte vital.

¿Ser madre es incompatible con su trabajo?

Hoy por hoy, sí.

¿Y eso por qué?

De nuevo, hay razones generales. La sociedad asume con normalidad que el padre de una criatura tenga un trabajo tan absorbente que le lleve a pasar muchos días seguidos sin poder atender a su hijo, pero no ve tan bien que eso mismo lo haga la madre. Ni la propia madre lo vería bien; las mujeres tenemos en contra la educación, o la biología, igual da lo que sea. Pero hay otros factores sobre los que se podría actuar mejor.

¿Puede ser más concreta?

Le contaré un par de historias. Una compañera mía de promoción, destinada en una unidad de policía judicial, le contó a su jefe que estaba embarazada. El jefe le dijo que se pidiera la baja, porque si no hacía el mismo trabajo que los demás, tendría que quitarle la productividad. Siguió en la calle hasta los seis meses y medio de embarazo. Y al final tuvo un disgusto con una detenida, que casualmente también estaba embarazada, y que al quedarse sola con ella creyó que le podría pasar por encima. Imagínese usted la escena, dos embarazadas forcejeando.

Resulta difícil de creer.

Como tantas cosas que te encuentras en la calle. El caso es que al final, y a la vista de la situación, los embarazos se acaban resolviendo con bajas, que el médico las da sobre la marcha y te dejan igual en el sueldo base, pero sin riesgos. Con lo que tú te apartas de tu tarea, la unidad pierde un elemento y la empresa está malgastando recursos en alguien que se queda en casa.

¿Y qué solución habría para eso? ¿Reformar alguna norma, algún reglamento de funcionamiento interno?

No hace falta, yo he tenido una embarazada en mi equipo y lo resolví de otra manera.

¿Qué hizo?

Encargarle todas las labores de apoyo, todas las gestiones de investigación que podían hacerse desde la oficina o sin riesgo. Le asigné también la redacción de

informes. Hasta los siete meses y medio estuvo en su puesto y siendo productiva, aunque de otra manera. El problema lo tuve con sus compañeros varones.

¿Y eso?

Ya esperaban repartirse la productividad que ella dejara de cobrar. Les costó aceptar que no iban a mojar de ahí.

No me diga.

Le digo. Al final los convencí apelando a los galones pero sobre todo a lo que les quedara de vergüenza. Les pregunté si veían medio normal que para poder conservar su paga entera una embarazada tuviera que ir a levantar cadáveres y manejar, entre otras cosas, reactivos para levantar huellas que son cancerígenos. Si les gustaría que sus mujeres tuvieran que hacerlo.

Ya veo por dónde va lo que me decía usted antes.

Para terminar de verlo, vayamos más allá del embarazo. Cuando el niño ya ha nacido, y empieza a ponerse malo y a tener necesidades, y el marido no ayuda y a lo peor tampoco hay cerca una madre o una suegra de quien tirar en las emergencias. A partir de ahí la guardia y madre empieza a entrar en una espiral de estrés y angustia. El servicio empieza a ser incompatible, los turnos no se le adaptan ni se tiene en cuenta su circunstancia. Y acabamos otra vez en la baja, y al final, el cambio de destino.

Lo que me está diciendo, en resumen, no es solamente que la maternidad es incompatible con ciertas funciones, sino también que le hace perder a la empresa profesionales formadas y capaces por el solo hecho del cambio de su situación familiar.

Eso ya lo dice usted.

Es lo que se desprende. Las guardias, como el resto de las españolas de hoy, no se plantean ser madres inmediatamente, sino cuando ya llevan un tiempo de rodaje; en el caso de las que están en unidades de investigación cuando ya tienen experiencia y pueden ser de mayor utilidad. Y entonces se las pierde. Y todo por no prever alguna adaptación de su puesto de trabajo durante los años en los que la crianza de un niño demanda más dedicación, que tampoco son demasiados. ¿No cree?

Propóngalo usted. Lo mismo le hacen caso.

Cambiando de tercio: si no me equivoco, usted lleva ya casi veinticinco años en el cuerpo.

Los haré el año que viene. Las bodas de plata, nada menos.

¿Diría que ha cambiado mucho la situación y la percepción de la mujer dentro de la Guardia Civil desde entonces hasta ahora?

Muchísimo.

¿Me lo puede desarrollar un poco?

Claro. Hace veinticinco años, todavía era relativamente normal que torcieran la

cara al verte aparecer, que alguien te soltara que las mujeres donde deben estar es limpiando la casa o que el caimán de turno le preguntara a tu compañero si en las intervenciones tú salías también a enfrentarte con el toro o te quedabas en el coche. Incluso que trataran de protegerte.

¿Y eso ya no pasa?

Muy poco, y desde luego mucho menos que antes. Ya no somos bichos raros, como entonces, y a algunas hasta nos ha dado tiempo a demostrar alguna cosa. El respeto, en este oficio como en todos los órdenes de la vida, ni te lo dan ni se impone ni se compra: tienes que ganártelo, día a día y a pulso. Con todo, sigues encontrándote gente que te hace de menos, y no siempre es la gente de más edad, también entre los más jóvenes.

¿Se refiere a compañeros, jefes, subordinados, paisanos?

A todos. A mí hace un par de semanas me tocó hacer una gestión en una comandancia donde tuve que despachar con un compañero sargento, mucho más joven, apenas habría cumplido los treinta. Ni me miró a la cara en todo el rato: para él tan sólo existía el subteniente. Con los subordinados es más difícil que te pase, esto es un cuerpo militar y aquí la jerarquía y la disciplina pesan, aunque años atrás, cuando yo era un poco más joven y me tropezaba con guardias o cabos de mucha más edad y con más experiencia, alguna que otra situación incómoda se me dio. Lo que le decía antes del respeto: hasta que les haces ver que puedes ganártelo ante ellos. Ahora la gente con la que yo trabajo lo tiene claro, y ninguno se pasa ni un pelo. También les pongo claras las reglas, y procuro que tengan un sentido y que ellos lo entiendan. Por ejemplo, en el grupo de WhatsApp que tenemos...

¿Tienen grupo de WhatsApp?

Como todo el mundo, qué se le va a hacer, es lo más rápido y lo más operativo. Pues le decía, en el grupo de WhatsApp sólo se habla del trabajo y las bromas, siempre dentro de un orden y sin faltarle a la consideración a nadie. Si quieren pasar memes de tías en bolas o similares, que se abran otro grupo entre ellos para hacerlo, yo tampoco les paso fotos de tíos macizos.

Parece razonable. ¿Y con los jefes?

Con los jefes, depende. Los mayores tienen más resabios, los jóvenes salen más concienciados de la academia, donde hay también ya más mujeres, y quizá por eso tienden a tener más cuidado. Pero no falta nunca quien mete la pata hasta la ingle.

¿A qué se refiere?

¿Esto va a salir de aquí?

No importa mucho, usted es un personaje de ficción y quien va a escribir la entrevista un novelista. Por tanto, nuestra conversación es completamente ficticia, a los efectos, y no debe ofender a nadie, salvo a los hipersensibles, y esos no cuentan.

Bueno, no sé yo. Le contaré algo. No es por presumir, pero soy bastante buena tiradora. Junto a unas compañeras nos dio por formar hace poco un equipo de tiro

olímpico, para competir. Lo comenté de pasada en una celebración y me oyó un jefe que andaba cerca. ¿Y sabe usted lo que me dijo?

No puedo imaginarlo.

Que si nos aburríamos, por qué en lugar de tiro no nos apuntábamos a hacer macramé.

¿Y qué le dijo usted? Si le dijo algo.

Y tanto que le dije. Que puestos a buscar actividades, a lo mejor a algunos no les venía mal tampoco apuntarse a un curso de Thermomix. Ni a ellos ni a sus mujeres.

¿Y?

Y nada. Quien se sale de su sitio lo tiene mal para corregir.

Me ha hablado de compañeros, jefes y subordinados. ¿Y los paisanos, es decir, la ciudadanía?

Depende de cuál, como todo. Ahí todavía te encuentras a veces con que no te toman en serio. Sobre todo a las mujeres que tenemos alguna responsabilidad, a que haya guardias rasas sí que están ya algo más acostumbrados. A mí me ha llegado a decir un detenido que yo soy una mierda y no le pongo una mano encima, y lo que es peor, con palabras más gruesas me lo ha dicho su mujer. Y cuando voy con un compañero se dirigen de forma sistemática a él, aunque yo tenga mayor graduación. En policía judicial, además, como no llevamos uniforme y no hay galones que mirar, esto pasa casi inexorablemente. Después, cuando les aclaras el malentendido, incluso se cortan un poco, pero de entrada te toman por la chacha, la secre, llámelo X.

La mujer como auxiliar natural.

Hay, eso sí, un ámbito en el que la situación es diferente, y hasta le diría que tenemos más mano y mejor entrada que los compañeros varones.

¿Ah, sí? ¿Cuál?

La administración de justicia, que se ha feminizado mucho en los últimos años, y más en el primer escalón, los juzgados de instrucción, que son con los que tratamos nosotros. Son mujeres que tienen una situación parecida a la nuestra, también se encuentran con que a muchos hombres, y a muchas mujeres, les cuesta aceptarlas como autoridad, y eso nos hace sentir una afinidad casi automática. Hay juezas y fiscalas con las que hasta mi jefe prefiere que me relacione yo, le resulto más eficaz.

¿Y cómo es su experiencia en cuanto al trato con otras mujeres guardias, tanto de mayor como de menor graduación?

Aquí hay un tópico machista instalado en la sociedad y que también circula en la empresa: las mujeres que trabajan juntas se llevan fatal y se fastidian por sistema. Mi experiencia es justo la contraria. Algunas de mis compañeras se cuentan entre mis mejores amigas. Será porque a veces nos ha tocado hacer piña para enfrentar dificultades comunes, y eso une mucho.

No me diga que nunca se ha llevado mal con ninguna.

Mal, lo que se dice mal, no. Alguna vez me he encontrado con alguna con la que

no me ha hecho mucha gracia trabajar, pero no por un tema de carácter o de celos profesionales.

¿Por qué, entonces?

Llevo mal tener que jugarme los cuartos con quien veo que que no está donde está por su valía, sino por otros motivos.

Hum. ¿Armas de mujer?

En todas partes se usan. No íbamos a ser la excepción. Las ventajas hay quien las aprovecha, sobre todo si le sirven para ahorrarse sinsabores y complicaciones. También hay quien cuando elige a una mujer para un puesto busca más alegrarse la vista que una buena trabajadora, y puestos que se cubren por cuota. Porque alguna mujer hay que tener para ciertas tareas. Pero no me malinterprete: también hay muchos hombres, aquí y fuera de aquí, que no están donde están por lo que valen.

Entendido. Me ha interesado algo que ha dicho antes, sobre la dificultad que tienen los ciudadanos para asumir que una mujer sea la jefa del equipo, o que ostente autoridad. ¿Por qué cree que sucede eso, treinta años después, que no son pocos?

Porque si se fija, seguimos siendo relativamente pocas las que hacemos ese papel de cara al público. Las guardias civiles con años de servicio tienden indefectiblemente a buscarse un lugar cómodo, un agujero lo más profundo posible, donde el ciudadano ni las ve. Y en esta casa hay agujeros muy profundos y las mujeres tenemos un olfato especial para encontrarlos y para ocuparlos. Y no lo digo como reproche, entiendo que es la única solución que muchas ven a sus problemas de conciliación.

Volvemos a lo de hace un rato. No es lugar para madres.

Hoy por hoy, ya le digo, no. Tampoco es un problema que sólo se dé en la Guardia Civil: en cualquier trabajo las madres lo tienen crudo para ejercer responsabilidades profesionales, pero este trabajo tiene circunstancias especiales que lo complican.

Insisto. Alguien debería pensar al respecto.

Mientras tanto, somos las no madres las que cubrimos la trinchera. De todos modos, no quiero que saque la impresión de que estoy descontenta o quemada. Todo lo contrario. Continúa habiendo pegas, sigue habiendo mucho por hacer y por resolver, pero yo he visto cambiar las cosas a mejor y claramente, y en lo que a mí me atañe, aunque antes haya tenido que demostrar que lo merezco, me siento respetada y considerada.

Algo es algo. ¿Puedo hacerle una pregunta muy personal?

Depende de lo personal que sea.

¿Por qué entró usted en la Guardia Civil?

No soy hija del Cuerpo, si es eso lo que pensaba.

Sé que no lo es. Por eso le pregunto.

En realidad, yo quería ser militar y oficial, como mi padre, y a ser posible donde él: Infantería de Marina. No conseguí entrar en la academia de oficiales y esto era,

fracasada esa opción, el único modo de ser militar que vi a mi alcance. Lo que viene a ser un plan B. Así que puede decirse que me hice guardia de rebote. Entré en policía judicial y en seguida me enganché a esto.

¿Por qué? ¿Me permite que sea ser un poco malvado?

Adelante. No se corte usted.

Hay gente que cree que quien se hace policía es porque le gustan las armas, ir por ahí pisando fuerte, sacando la placa y andar diciendo a los demás lo que tienen que hacer...

Muy mal orientada estaría yo si esa fuera mi inclinación. Mi trabajo, si lo hago bien, no tiene demasiado que ver con sacar la pistola; de hecho sólo la he sacado un par de veces y espero no tener que sacarla más, porque para un policía es un problema y si hay que hacer fuego te puedes arruinar la vida. Mi trabajo se hace con la cabeza, procurando conocer a la gente y sabiéndola tratar, que es todo lo contrario de avasallarla. En algún caso, cuando el crimen es muy llamativo, implica también saber lidiar con las presiones, de los medios, de los jueces, de la ciudadanía. Y desde que me hice suboficial, me toca sumar las de los jefes y las de los subordinados, porque los suboficiales somos como el jamón del sándwich, nos aprietan desde arriba y desde abajo. Que también eso tiene su aliciente, por otra parte: hay que valer para estar ahí, sujetando todos los platillos en el aire a la vez.

¿Y por qué no ha intentado hacerse oficial?

Lo he pensado unas cuantas veces, no se crea, pero aparte de echarme para atrás la oposición, tener que volver a estudiar, etcétera, está lo de tener que cambiar de destino. Me gusta estar donde estoy, en una unidad central y en el grupo de delitos contra las personas. Es duro a veces, no le digo que no, por lo que llegas a ver, pero es lo más gratificante, por otra parte. Y me he hecho a los compañeros y jefes que tengo, me sabría mal perder el contacto con ellos y el equipo que hemos llegado a formar.

Lleva mucho tiempo con alguno de ellos.

Con el subteniente, veinte años. Ya somos como hermanos, o como un matrimonio, según lo mire. De hecho, como le digo yo a él, ya quisieran los matrimonios llegar a cumplir en promedio veinte años, ahora se suelen ir al garete mucho antes.

No le he preguntado por su vida personal. Me parecía un poco indiscreto. Como la razón por la que no es madre.

¿Por qué? He tenido parejas estables, ahora mismo no la tengo, mañana ya se verá. Y no soy madre por la sencilla razón de que no puedo, salvo que adopte, cosa que también me he planteado alguna vez, pero no he llegado a intentarlo, y menos ahora sola. No es que sea imposible, pero vaya, no lo veo.

Disculpe, no pretendía inmiscuirme en...

No sufra usted por eso. En serio se lo digo. He aprendido que la mejor manera de llevar las frustraciones es reconocerlas y no convertirlas en una especie de secreto oscuro enterrado en el fondo de la conciencia. Algunas cosas no me han salido, otras sí, hay que mirar siempre lo positivo y con lo otro, cargar sin más.

Hablando de su subteniente, ¿diría que él sí ha aprendido a su lado y gracias a usted a tratar a una mujer como una igual?

Bueno, también yo he aprendido algo a su lado, conste eso ante todo. Es un guardia civil poco convencional, todavía más accidental que yo, le diría, y con una visión poco tradicional de la vida. Pero sí, quizá el roce conmigo le ha ido puliendo algunas aristas, porque yo no soy de callarme y menos de resignarme a según qué cosas. Aunque él tampoco está libre de pecado. En cuanto se descuida, se le cae algún micromachismo del bolsillo. Como a todos, supongo que no se creará usted una excepción.

No, no me lo creo. A fin de cuentas, nació en un país donde el Código civil les reconocía menos derechos a las mujeres.

Debe de ser eso. Lo bueno es que algunos van aprendiendo. Con un poco de tiempo, tendremos mujeres generales en la Guardia Civil y una sociedad en la que algo así no choque como chocaría ahora. Hay que tener paciencia, y lo disfrutarán otras, pero ha merecido la pena fajarse para abrir camino.

Hablando de merecer la pena, ha dicho antes que se hizo guardia civil de rebote. ¿Se alegra de haber tomado esa decisión?

Cada mañana y cada noche. No se lo puedo decir con más rotundidad. Cada mañana voy contenta a trabajar y cada noche me acuesto contenta de haberlo hecho.

Caramba. No creo que eso pueda decirlo mucha gente. Y no será por el sueldo.

Antes era mucho peor, y sobre todo en comparación con lo que ganaba la gente; ahora quizá no nos podemos quejar muy alto, con lo que se gana fuera y las condiciones en que se gana. De todos modos, el dinero está sobrevalorado, no es lo que le apega a uno a un trabajo, aunque haga falta para vivir.

¿Qué es lo que le apega a uno a un trabajo? ¿Qué le apega a usted al trabajo que tiene?

Yo lo tengo claro. Mi trabajo consiste en ayudar a la gente, a los ciudadanos, en darles servicio cuando lo necesitan, y en particular, por mi especialización, en una situación en la que lo necesitan y mucho. A quien le han matado a un hijo, un padre, un marido, un hermano, o una hija, una madre, una mujer o una hermana, nadie puede devolverles lo que ya han perdido, pero sí que puedes hacerles ver que su dolor importa, porque se trabaja primero para que aparezca, si es que no ha aparecido, y luego para que quien lo hizo responda ante la justicia. Eso no les va a reparar el daño que han sufrido, pero a lo mejor sí les da algo tan simple como poder volver a dormir por las noches. Para eso es para lo que trabajamos mis compañeros y yo. Cuando se logra, y casi siempre lo logramos, no tiene precio ni se puede comparar con ninguna otra cosa. No te hace falta que te den ninguna medalla, porque la medalla ya te la llevas puesta, en la mirada de esa persona a la que has podido traerle un alivio de su amargura y su desesperación. Y por eso a mí me da igual si la víctima era una persona ejemplar o un canalla, porque los dos tienen derecho a que su muerte se esclarezca, si es a causa de un delito, y sobre todo tienen ese derecho los suyos, los que se quedan para llorar su ausencia, fuera quien fuera en vida.

Perdone si le parece inconveniente o le molesta que se lo diga, pero no me ha hablado de la patria, ni de la bandera, ni de esos otros motivos que a veces se dan para estar donde usted está.

Esa es una cuestión de cada uno. Hay quien siente más y quien siente menos la bandera, vivimos en una democracia y se puede no sentirla, la ley lo ampara igual que cualquier otra idea que no dañe a nadie. Yo la siento, porque así lo he vivido desde chica en mi casa, siendo hija de un oficial de la Armada, que fue además la primera que la usó, pero hay incluso compañeros míos que no la tienen tan interiorizada y lo respeto, igual que espero que ellos respeten mi sentimiento. En cuanto a la patria, para mí defenderla es justamente lo que yo hago: amparar los derechos y la libertad de la gente que la integra, frente a quienes quieren pisotearlos de alguna manera. Para eso creo que estoy, y no se me ocurre nada mejor a lo que pudiera dedicarme.

Me ha quedado claro. Gracias por su tiempo y su franqueza.

No hay de qué. A usted.

Nos despedimos poco después, en la puerta de la cafetería, con un enérgico apretón de manos. Veo entonces que un BMW con un joven guardia al volante la espera en doble fila. Ella le hace una seña y poco después ocupa el asiento del copiloto. La sargento primero Chamorro, que por cierto, pronto será brigada, vuelve a sus quehaceres y el entrevistador piensa en cómo poner en limpio las notas que ha tomado, sin grabadora por medio, porque la experiencia le dice que eso ayuda a que la entrevista sea más relajada y sincera. Espera, pese a todo, poder ser fiel a lo que esta mujer, en nombre de otras muchas, le ha confiado. Merece la pena que se sepa. Merece la pena tenerlas ahí.

Fecha de recepción: 23/11/2018. Fecha de aceptación: 26/11/2018